



## LA CRUZADA DE LOS NIÑOS.

*Dios lo quiere así!...*

### I.

Es regular, amables niños, que hayais oído hablar no pocas veces de las grandes proezas que presencié el Asia en tiempo de las Cruzadas. Arrebatados los señores y los siervos de un ardor religioso y guerrero, se conmovían á la vista de la cruz del Salvador, y al oír las palabras de un monje, se armaban de pun-

ta en blanco, trasladándose á la Palestina, teatro de una guerra encarnizada y terrible.

Invasión de España por los árabes, se ocupaba en sacudir el yugo de los musulmanes; pero con todo no faltaban aventureros paladines que se unieron al ejército de los cruzados, distinguiéndose en Siria por el valor de su fuerte brazo.

Por los años de 1200 alzabase en Asturias un fuerte castillo asentado sobre una roca de granito. Por el un costado las encrespadas olas del mar cantábrico iban á estrellarse contra sus muros, y por la otra se divisaba una vasta pradera cubierta de verdura; doble imagen del tumulto y de la calma, de la guerra y de la paz. Bien que las almenas de las torres llevarán el sello de mas de un sitio, aquella habitacion señorial habia perdido su carácter feudal; porque Angilberto de Muriel guerreaba á la sazón en Oriente, y el castillo se hallaba ocupado por su noble esposa, sus tres hijos, sus damas, sus pajes y algunos sirvientes.



Tres años habian corrido desde que el de señor Muriel partió para el Asia, sin que se supiese su paradero, cuando un peregrino se presentó en el castillo, y entregó á la esposa de Angilberto un anillo de hierro que el valiente paladin la habia dicho



haria llegar á su poder, confiándolo á algun soldado ó escudero en la hora de su muerte.



El dolor de Hermingilda fué profundo, y por espacio de quince días consecutivos la campana resonó en lo alto de la torre, invitando á los moradores de las aldeas circunvecinas á que uniesen sus oraciones á las de la afligida castellana.

Enguerrando, que tenia quince años y medio, y cuya alma era ya tan firme como una coraza de acero bien templada, llamado por la muerte de su padre á sostener el honor de un nombre célebre, comprendió la grandeza de este deber, y á instigaciones del peregrino, resolvió trasladarse á la tierra santa con el fin de vengar á su padre, y defender el sepulcro de Jesús.

«He concebido el proyecto de una nueva cruzada, decia el peregrino, y aunque francés me he acordado de los hijos de Angilberto, uno de mis mejores amigos.

—Y qué podemos nosotros hacer? preguntó Enguerrando.

—Todos vuestros compañeros serán de una misma edad, y vos, señor de Muriel, que sois de corazon intrépido, mandareis un

peloton, porque todos los cruzados son hermanos, y aunque franceses la mayor parte, militarán á vuestras órdenes cuando yo les diga que Dios lo quiere así. Por de pronto sereis jefe de una veintena de castellanos que nos esperan á una legua de aquí para dirigirnos á Francia inmediatamente.»

Enguerrando prometió al peregrino que al dia siguiente se trasladaría con sus hermanos al sitio que este le indicó, y abrazando al cruzado se separó de él.

## II.

Al dia siguiente llamó Enguerrando á sus hermanos, y se trasladó en su compañía á la sala en que se hallaban en fila todos los Muriel, ó por mejor decir, sus antiguas pero hermosas armaduras. La vista de aquellos guerreros y de sus armaduras, abolladas á los golpes del enemigo, produjo en Enguerrando un efecto enteramente nuevo, y si la vispera era insensible á semejante espectáculo de guerra, ahora se asociaba á él con la profunda simpatía de la edad madura.

Sus hermanos veían no sin admiración que se armaba á sí mismo, escogiendo las piezas pequeñas que podían convenirle; pero se quedaron estupefactos luego que evocando la memoria de su padre, les contó el plan del peregrino, les anunció su resolución de partir para la cruzada, y acabó diciéndoles que contaba con ellos para su empresa.

Isolino, de unos catorce años, que sabia muy bien leer y escribir, y que entonaba algunos cantares en loor de sus padres, era de carácter aventurero, y no puso el menor reparo al plan de su hermano, un año mayor que él, y á quien siempre habia obedecido, no por sumision sino por ligereza. Así es que exclamó:

—«Viva la cruzada de los niños, los trovadores y los pajes! Con eso verémos tierras; y por mi parte no lo siento, porque el aire de Asturias no conviene á los aficionados á la *gaya ciencia*.»

Leodegario, de carácter mas pacifico, y que era el menor de los tres hermanos, miró á estos con enfado, y les dijo con voz entera:

—«De cuánto veo solo deduzco una cosa, y es que habeis olvidado el deber que os liga á vuestra madre. Qué! no habeis pensado en las lágrimas que vá á costarle vuestra resolución?... ¿Y dejareis sola y sin protectores á vuestra hermanita?»

Enguerrando le miró con severidad, y despues le dijo:

—«Tú sueñas, Leodegario, ó el miedo ha trastornado tu mente... Si temes asociarte á los peligros de nuestra expedicion,



eres libre y puedes quedarte; pero en mi vida te volveré á hablar, porque desprecio á los cobardes.»

Dió algunos pasos como para irse; mas Leodegario lo detuvo diciéndole:

— «Ya verás si soy cobarde!»

Y los tres se encaminaron hácia la arboleda del castillo, donde dieron á la señora Hermingilda y á sus damas el espectáculo de algunos ejercicios caballerescos, ejecutados con las armas que pudieron adquirir, no sin que la castellana les encargase muchas veces que tuvieran prudencia.

Cuado llegó la noche, mientras la señora de Muriel, sentada junto á una vasta chimenea, hacia labor con una dueña, y escuchaba una bonita leyenda que leía su hija Berenguela, Enguerrando se ciñó al cuerpo una banda que su madre y su hermana habian comenzado á bordar, y haciendo señas á sus hermanos para que le siguiesen, se dirigió en busca del escudero Bruno, á quien dijo:

— «Estan ensilladas las cavalgaduras? todavía falta mucho tiempo para la queda, y nos conviene hacer una *cavalgada* por el campo.

—Vuestras órdenes han sido ejecutadas, señor. Pero ¿á donde vais armado de pies á cabeza?

— Qué quieres, Bruno? Deseo acostumbrarme al peso del hierro; porque este debe ser el traje de un caballero.»

Bruno no se atrevió á hacer mas preguntas, mas cuando los donceles montaron á caballo, se dirigió al castillo á toda prisa.

Apenas los donceles se vieron solos, metieron espuelas á las cavalgaduras y partieron á galope, durando mas de una hora su rápida carrera, que solo tenia por testigos el cielo y los matorrales del bosque. Sin embargo, cansados los caballos, cubiertos de sudor y espuma, habian alojado el paso; y como Leodegario se quejase, y solo respondiese con gemidos á las enérgicas exhortaciones de Enguerrando, fué preciso hacer alto.

Afortunadamente divisaron los donceles una cabaña, y luego que estuvieron cerca, Enguerrando empuñó su bocina, y aplicándola á la boca, despidió un sonido fuerte y prolongado. Al momento abrieron la puerta, y un hombre gritó en asturiano muy cerrado:

—No tengas cuidado, mujer, que son nuestros hijos que ya estan de vuelta.

—Vuestros hijos? dijo Isolino en tono burlon: no creo sean de nuestra linea.

Un grito lastimoso respondió á estas palabras; pero el campesino salió de la choza, saludó á los recién llegados, y despues de atar sus caballos á la puerta, les invitó á entrar en la cabaña, alumbrada por una lámpara. Los donceles se sentaron á la lum-

bre, y los pobres campesinos, marido y mujer, sin preguntar el nombre de sus huéspedes, les pusieron delante un banco en forma de mesa, y sobre él colocaron un plato de madera, lleno de potaje de maíz, al cual añadieron dos grandes dornajos con leche cuajada.

Habia notado Isolino mientras comía que el bueno del labriego se levantaba de vez en cuando, y corría hacia la puerta, prestando atento oído. Esto despertó su curiosidad, y no pudo menos de preguntarle:

—Qué teneis, buen hombre?

—Ah! señor, respondió el campesino; estamos muy tristes, porque nuestros hijos Urbano y Lucas se han marchado sin decirnos á donde, y hace muchas horas que les esperamos.

—Qué edad tienen? preguntó Enguerrando.

—El uno trece años, y el otro doce.

Los tres hermanos se miraron, y Leodegario movió tristemente la cabeza, diciendo con acento dolorido:

—Ved cuanto sufren los padres abandonados de sus hijos!

Enguerrando se levantó bruscamente, arrojó sobre el banco una moneda de plata á pesar de la resistencia de los campesinos, y despues gritó:

—A caballo, hermanos! á caballo!

Al cabo de algunos minutos se hallaban á gran distancia de la cabaña, y pasada media hora llegaron á la entrada de un bosque donde penetraron guiados por la lumbre que despedían unas hogueras. A medida que se acercaban al centro oían gritos, cantos y aclamaciones; y cuando llegaron á una especie de plazuela, los tres hermanos vieron desembocar una veintena de campesinos muy jóvenes que llevaban venablos, arcos, hondas, y hasta había algunos que tenían porras, cortadas y arregladas por ellos.

Mas lejos los hijos de Muriel encontraron un peloton compuesto de niños de la nobleza (lo que conocieron en la riqueza de su traje), de colonos y de siervos. El mayor parecia tener quince años, y todos cantaban en coro:

Volemos á Palestina,  
Enarbolando la cruz,  
Y que sea del cristiano  
El sepulcro de Jesus.

—Hermano, dijo Enguerrando á Isolino, ahora es buena ocasion de probar que eres hábil en la *gaya ciencia*, compon una copla en que se diga á estos muñecos que nos dignamos venir á mandarlos.

—Orgullosos! exclamó Leodegario con timidez.

Isolino tenia buena memoria, y se acordó de una estrofa de



cierto canto que en otro tiempo compuso con ayuda del capellán del castillo. Así es que cantó sin pararse:

Para mandar un ejército  
Contra el incrédulo infiel,  
No hay raza mas á propósito  
Que la raza de Muriel.

En seguida echaron pié á tierra los tres hermanos, y se dirigieron hácia el peregrino, que les dió un abrazo diciéndoles:

—Vuestros compañeros de armas os aguardan: hé aquí el distintivo del cruzado, la imagen del instrumento de salvación de los hombres. Gloria á vuestro valor!

Un ruido de caballos, acompañado de numerosas luces despedidas por las antorchas, llamó la atención general, y al mismo tiempo se oyeron voces de escuderos que decían:

—Paso! paso á la noble condesa de Muriel!

Y los mancebos se apartaron para dejar pasar á la señora Hermingilda, que iba en una magnífica yegua, recorriendo á trote largo y bañada en lágrimas la multitud que se había formado en dos filas.

Sus hijos se apresuraron á tomar la brida respetuosamente, y en seguida pusieron una rodilla en tierra delante de la castellana que lanzó un grito de alegría.

—Con que os vuelvo á ver? dijo con transporte: ingratos!

—Señora, respondió Enguerrando con voz dulce pero entera: mis hermanos y yo vamos á combatir en Palestina.

—Insensatos! pelear á vuestra edad? ¿quién os aconseja este acto de locura?

—Yo, dijo un monje que se hallaba detrás de los donceles.

—Vos! exclamó la condesa: D. Wilfrido, no veis que conducen estos niños á la muerte?

—Escuchadme! dijo el monje con voz inspirada. Cinco cruzadas no han sido suficientes á librar el sepulcro de Jesús; el impío sienta aun el pié sobre la piedra del santo sepulcro, y habiéndose cansado el valor de los hombres, se despierta el de los niños. La juventud francesa se arma para pelear en el Asia, y la España quiere asociarse á tan santa empresa, porque lo mismo son las palmas del martirio que las de la victoria!

Entre tanto la castellana suplicaba á sus hijos no la abandonasen; pero Enguerrando exclamó:

—«Acordaos, señora, de que el noble conde de Muriel, nuestro padre, no ha sido vengado, y que aun no ha recibido los honores de la sepultura.

—Y tú, Isolino, me abandonarás como Enguerrando? preguntó la infeliz castellana.

Isolino no contestó una palabra.

—Y tú, Leodegario, no tendrás piedad de una madre que podría mandar, pero que solo se dirige á tu corazón?

Un grito de amor filial se escapó del seno del doncel, el cual se puso de rodillas; pero Hermingilda lo levantó estrechándolo en sus brazos.

—Bien decia yo que era un cobarde! dijo Enguerrando. Y luego volviéndose hacia su madre añadió: ¿no os dignaréis al menos otorgarme vuestra bendicion?

—Puesto que insistes en tu designio, contestó la condesa, que Dios te proteja, lo mismo que á tu hermano!

Enguerrando é Isolino doblaron la rodilla, y luego que recibieron la bendicion materna montaron á caballo, poniéndose al frente de los niños junto á D. Wilfrido, monje español, y el peregrino francés llamado Archibaldo. Cuando la condesa y Leodegario los perdieron de vista se volvieron al castillo, y mientras caminaban oían á lo lejos estas palabras arrebatadas por el viento que gemia entre los árboles:

Volemos á Palestina,  
Enarbolando la cruz,  
Y que sea del cristiano  
El sepulcro de Jesus!...

(Se continuará.)

### JACOB DE MERÉ.

#### HISTORIA DE UN PAJE DEL TIEMPO DE CARLOS VI.

(Conclusion.)

### III.

#### LA HOSTERIA DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA.

CERCA de tres semanas habian corrido desde que Jacob estaba en París, y no habia podido llegar á hacer renacer en el ánimo del duque la decision de partir para Blois, decision que la llegada inoportuna del paje de la reina habia tan desventuradamente destruido. Muchas veces, durante este tiempo, el duque habia intentado enviar á Jacob para calmar la inquietud de Valentina, pero Jacob habíalo obstinadamente rehusado.

Los dos poderosos rivales, los duques de Orleans y de Borgoña que dividian entre sí la autoridad, se observaban uno á otro, y cada uno espiaba una ocasion de deshacerse de su rival, y de arrancarse el poder. Ambos tenian un partido considerable,



y sus partidarios solo esperaban como sus jefes una señal, una ocasion para acometerse los unos á los otros: la guerra civil era inminente.

Jacob concebía bien que en un momento semejante el duque no podia alejarse de París; habría sido dar al de Borgoña una ocasion favorable para apoderarse de la autoridad. Mas el pobre jóven tenia siempre ante sus ojos á su madre moribunda. Juzgad cual sería su alegríacuando al cabo de quince dias Jacob recibió un mensaje del señor de Meré, que le anunciaba la curacion completa de su madre.

Ya actualmente tranquilizado del todo, esperaba con mas paciencia sin olvidar por eso á Valentina, su buena señora. Habian circulado por la ciudad algunos rumores de conciliacion entre los dos rivales.

Una noche que el duque habia ido á ver á la reina al palacio Montaigu, Jacob y algunos pajes le habian acompañado. Despues de haber quitado las bridas á sus caballos, y haberse informado de si el duque reclamaba sus servicios, los pajes habian salido del palacio, buscando en la calle una hostería donde poder descansar y jugar una partida de dados. A cierta distancia de la calle Barbette, Jacob habia visto una imagen de Nuestra Señora toscamente dibujada sobre una puerta, encima de la cual un jarro de estaño anunciaba que allí se daba de beber á los hidalgos, plebeyos ó villanos, cuya bolsa estaba bastante provista para pagar el gasto. Jacob se decidió á entrar en esta hostería, y los otros pajes le siguieron.

Apenas se habian colocado en una mesa con un jarro por delante y los dados en la mano, cuando entró un hombre, y fué á sentarse junto á otra mesa en frente de la que ellos rodeaban. Muy pronto á aquel hombre se agregaron cuatro ó cinco personas, algunas con la librea de Borgoña.

—Por Dios! exclamó uno de los recién llegados pasado un momento, creo que descubro en aquel rincon un nido de orleaneses.

Esta insolente provocacion fué recibida con grandes risotadas de los borgoñones; pero los pajes de Orleans, sea que estuviesen demasiado engolfados en su juego, sea que despreciasen un insulto tan grosero, no se movieron, y continuaron su partida.

—Mozo, dados! exclamó el hombre un poco desconcertado al ver la sangre fria de los pajes.

—No tengo mas, señor, respondió el hosterero, acabo de dar los últimos á esos hidalgos que veis allí.

—Siempre los de Orleans, murmuró el hombre dando con el puño en la mesa, así nos quedaremos sin jugar por causa de esos donceles.

—Ola! los lindos pajes, dijo, dirigiéndose á Jacob y á los

suyos, y dando á su voz una expresion chocarrera; nos agrada jugar, quereis cedernos vuestros dados?

—Cuando hayamos acabado, respondió Jacob con sangre fria. —Eso será muy pronto, señores míos, ó yo voy á arrancá-roslos de las manos.

Diciendo estas palabras se habia levantado y acercado á la mesa de los pajes. Estos se levantaron súbitamente, y echaron mano á sus dagas, movimiento que fué imitado por los borgoñones de la otra mesa.

Iban ya á llegar á las manos, cuando se metió un hombre entre ellos, y los separó.

—Por el cielo, que venis á tiempo, señor de Ocquetonville, porque iba á sondear las costillas de ese orleanés con mi daga borgoñona.

—Oh! podrá suceder que muy pronto esos jóvenes mirlos no canten tan insolentemente! murmuró el hombre que los habia provocado, y bastante alto para ser oido por Jacob, que sacó la cabeza, y parecia dispuesto á escuchar lo que se iba á decir en la mesa inmediata.

Pero ni el hombre que acababa de entrar, ni los que le rodeaban, continuaron la conversacion; parecia evidente que la presencia de los pajes los estorbaba. Jacob que lo advirtió, se decidió á quedarse. Los dos grupos se observaban hacia algun tiempo, cuando el desconocido hizo una seña al hostero que se acercó á los pajes, y les dijo quitándose la gorra.

—Mis buenos señores, el toque de queda vá á empezar, y sabeis que las ordenanzas son severas.

Jacob hubiera bien querido no retirarse, mas el duque esperaba sus pajes á las ocho. Temia que se tramase alguna conspiracion contra su amo. Los otros pajes habian ya salido, y él se adelantaba hácia la puerta, cuando un hombre embozado en su capa y con el caperuchon inclinado sobre la cara, pasó por delante de él y entró en la hosteria. Habia creido reconocer al mismo duque de Borgoña.

De camino que regresaba á la habitacion de Orleans, iba Jacob reflexionando en lo que acababa de ver. ¿Por qué el duque de Borgoña entra á estas horas en una hosteria? Las palabras del desconocido se presentaban á la memoria. «Podrá suceder que estos jóvenes mirlos no canten mas tan insolentemente.»

Cuando entró en el palacio encontró un mensaje de Valentina para el duque de Berry. Se propuso hablar al duque de todo lo que habia visto.

Al dia siguiente muy de mañana estaba en el palacio de Nesle en presencia del duque de Berry; y cuando le hubo entregado el mensaje de la duquesa de Orleans, le participó sus inquietudes.



—Loco! le dijo el duque amistosamente, tu afecto á mi sobrino Luis te pone demente. Jamás ha habido menos peligro. Sabe que se ha fijado un día entre los dos príncipes para una reconciliación pública, y este día no está lejos.

—Que el cielo os oiga! monseñor; pero ¿qué iba á hacer el duque de Borgoña á aquella hostería?

—No pudo ser él, jóven: estaba todavía aquí un cuarto de hora antes de la queda.

Enteramente tranquilizado con este discurso, Jacob se retiró, y pronto supo que se hacían los preparativos para la reconciliación pública de los dos príncipes.

En efecto, se verificó dos días después. Los dos príncipes comulgaron juntos, y partieron la hostia; se juraron amistad fraternal, rompieron sus banderas alegóricas, y después de haber asistido á una comida suntuosa que les dió el duque de Berry, se acostaron en la misma cama, lo que era entonces costumbre entre los hermanos de armas. Jamás reconciliación alguna había parecido mas sincera.

#### IV.

#### LA CALLE BARBETTE.

El miércoles 23 de noviembre por la mañana el duque de Orleans había hecho llamar á Jacob de Meré, y cuando estuvo en su presencia:

—Jóven, le dijo, llegaste aquí pronto hará un mes con un mensaje de Valentina, mi noble esposa; quiero hoy darte la recompensa.

—¿A mí, monseñor? dijo Jacob lleno de contento.

—Sí, mi paje, quiero darte una comisión, porque me has sido leal y fiel servidor.

—¿Qué es menester hacer?

—Llevar un mensaje á Valentina; á esto está reducido.

—Imposible, monseñor! dijo Jacob, cuya alegría desapareció al punto.

—Sí, lo sé, has hecho un voto á la Virgen, mas esto no es contrario á tu voto, jóven; tú debías conducirme al lado de Valentina, y es á Valentina á la que traerás aquí.

—La duquesa á París?

—Sí, Jacob: mi primo de Borgoña se ha convidado para el domingo próximo á una comida en mi palacio de Orleans, y quiero que mi noble y agraciada dama sea la reina de esta fiesta.

Jacob dudaba; el objeto de su mensaje se había llenado; pero se recordó las palabras del fraile: un voto es cosa sagrada, y el que lo quebranta es perjuro para con Dios. Y rehusó de nuevo partir.

—Pues enviaré á Rogerio, dijo el duque.

La noche de aquel mismo dia Jacob, feliz y orgulloso, habia seguido al duque que habia ido á visitar á su hermano el rey Carlos VI á su palacio de S. Pablo. El rey estaba en uno de esos lucidos intervalos, y despues de haber hablado de los negocios del estado con el duque de Orleans, lo habia dejado en libertad para pasar á ver á la reina en su nueva habitacion de Montaigu. Jacob habia tambien seguido allí á su señor, y esperaba en una sala baja con los gentiles hombres del duque.

Dejémosles esperar á su señor, y para pasar el tiempo volvamos á aquella hosteria de la imágen de Nuestra Señora.

La puerta de la hosteria está cerrada esta noche para el público: sin embargo, aun desde fuera se oyen en lo interior voces que hacian presumir que debia haber numerosa reunion; y desde luego que entramos reconocemos á uno de los criados de cámara del rey Carlos. No lejos de él, otros trece hombres agregados al servicio del duque de Borgoña, y entre los cuales se veia al proveedor del agua del palacio, estan sentados, y beben como los primeros. Todos estan armados, y parece aguardan á alguno que tarda en llegar.

—He visto al señor de Ocquetonville, dijo uno de los que estaban á la mesa vecina, entraba en el palacio de Artois; sin duda ha ido á tomar las últimas órdenes del duque.

—Dios quiera que traiga algunos escudos, dijo otro, porque yo no me muevo sinó.

—Ni yo!, ni yo! exclamaron todos los concurrentes.

De Ocquetonville entraba entonces.

—Todo vá bien, dijo al entrar; antes del último golpe de la queda, el negocio estará terminado, y podemos contar con la proteccion de monseñor de Borgoña.

De Ocquetonville tocó sonriéndose á su bolsillo, y todos alargaron la mano precipitándose hácia él. Distribuye algunos escudos á cada uno, promete mas todavía para el dia siguiente, y luego que ha concluido, dijo:

—Ahora manos á la obra, señores míos! Y se salieron de la hosteria.

Jacob estaba todavía en la sala baja, en donde le hemos dejado con los gentiles hombres, cuando vió venir hácia él á Ocquetonville que llegaba corriendo.

Ocquetonville se presentó á la puerta de la habitacion de la reina, y como le rehusaban la entrada:

—Por el rey, dijo.

Y lo dejaron pasar.

—Monseñor, dijo al duque luego que estuvo en su presencia, el rey nuestro señor me envía á buscaros para un negocio urgente, de que quiere hablaros al punto.



Después salió, atravesó corriendo la sala en que se encontraba Jacob, y regresó precipitadamente á la hostería de la imagen de Nuestra Señora.

El duque sin embargo no podía concebir cuál sería el negocio de que tendría que hablarle Carlos, á quien acababa de ver. No obstante, no pudiendo dudar de la verdad de esta orden, que se le transmitía por uno de los criados del rey, hizo ensillar su mula, y un instante después salió del palacio Montaigu, precedido por Jacob y otros dos pajes que llevaban hachones, y seguido de dos gentiles hombres bien armados.

El duque y su séquito acababan de entrar en la calle Barbette, cuando el caballo de uno de los gentiles hombres tascó el freno, se volvió, y partió con el ginete á rienda suelta por el lado de la puerta Baudet. El caballo del otro gentil hombre, arrastrado por este ejemplo, siguió el mismo camino, llevándose también á su ginete, y el duque se encontró solo con sus tres pajes.

—Qué significa esto? exclamó Jacob inquieto con esta fuga, que no sabía á qué atribuir.

—Vamos, Jacob, ¿tendrías tú miedo? le preguntó el duque.

En este momento un hombre oculto en el esquinal de una casa apareció de pronto delante del duque, y deteniendo su mula:

—Detente, le gritó.

El duque, creyendo á este hombre un ratero nocturno, se apresuró á responderle:

—Soy el duque de Orleans!

—Ese es el que buscamos, respondió insolentemente el hombre.

—De Ocquetonville! exclamó Jacob, que se habia aproximado y reconocido al gentil hombre de la hostería.

Saltó de su caballo, tiró de su espada, y vino á colocarse delante del duque para defenderle. Este, sin embargo, procuraba empuñar su daga, cuando de un hachazo Ocquetonville le derribó la mano derecha que tenia sobre el pomo del arzon de la silla.

—A mí! gritó de Ocquetonville.

Al punto el duque y sus pajes fueron rodeados de asesinos. Los otros dos pajes, espantados con esta vista, habian soltado sus hachones, y habian huido pidiendo socorro. Jacob permanecía solo con su señor, y se defendía contra seis de los agresores. De un segundo hachazo Ocquetonville partió el cráneo del duque, que cayó á tierra.

—Cobardes y traidores, exclamó Jacob, es monseñor de Orleans, y cometéis una felonía de que habreis de dar cuenta.

—Este doncel, dijo uno de los hombres, es nuestro bello ju-

gador de dados. Por vida mía, oportunamente se encuentra aquí; vamos á jugar una partida completa.

Y el hombre que hablaba así peleaba fuertemente con Jacob, que traspassado ya con dos heridas de puñal, fué á caer de rodillas cerca de su señor.



El duque respiraba todavía. Jacob se dejó caer delante de él, procurando reparar los golpes que no dejaban de darle los asesinos. Vanamente estos trataban de separar este paje, cuyos gritos podían llamar gente: Jacob con una mano se había agarrado á los vestidos del duque, y con la otra sostenía su espada, hiriendo con ella á cuantos se le acercaban.

Sin embargo, el duque, habiendo recibido un tercer golpe en la nuca, tenía el cráneo enteramente quebrantado: hizo un último esfuerzo para levantarse, y cayó otra vez.... no era ya mas que un cadáver.

Jacob, acribillado de heridas, se defendía todavía; mas cayó sin fuerzas, y Ocquetonville pudo arrancar de sus manos el cuerpo de la víctima. Despues, arrastrándolo hasta un mon-



ton de lodo, levantó uno de los hachones que ardian aun, y se aseguró de si efectivamente aquel cadáver era el del duque de Orleans, y se retiró rápidamente, seguido de los suyos.

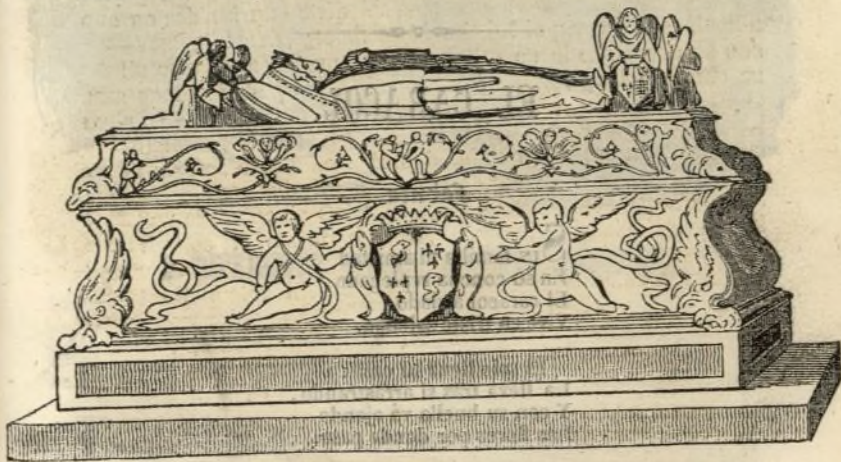
Jacob respiraba todavía.

— Socorro!... gritaba, que asesinan á monseñor!

Lo que acabo de referiros, hijos míos, había sido cosa de un momento, y los vecinos que despertaron al ruido no habían tenido todavía tiempo de acudir al sitio del crimen. Sin embargo, Jacob, viendo que se cansaba en inútiles esfuerzos para llamar gente, fué arrastrándose hasta la puerta de una casa, é iba á golpear si hubiese tenido fuerzas, cuando un vecino salió con un hachón.

— Salvad á monseñor! dijo Jacob, y dió el último suspiro, como si la vida hubiese aguardado para abandonar el cuerpo de aquel desgraciado jóven, á que hubiese dado esta última prueba de afecto á su señor.

Al siguiente día por la noche, en la iglesia de Blancs-Manteaus, dos cuerpos estaban colocados en una cama mortuoria,



rodeados de cuantos príncipes y nobles había en la corte de Francia. Estos dos cuerpos reposaban bajo pabellon con blasones, sin ninguna distinción, á no ser que el lecho del uno no estaba tan elevado como el del otro: eran los dos cadáveres de Luis de Orleans y de Jacob de Meré. Su muerte los había igualado! Los mismos honores se hicieron á uno que al otro, y después de concluido el oficio fúnebre, cuatro príncipes de la sangre se presentaron para llevar el féretro en que iban los cadáveres. Estos cuatro príncipes eran el rey de Sicilia, el duque de

Berry, el duque de Borbon y el cuarto.... lo creeréis? ese mismo duque de Borgoña, que no se tenia aun por el asesino, y que, sin pudor, se presentó para conducir sus víctimas hasta su último asilo, y para ver una pesada piedra cubriendo el cuerpo de su rival.

Allí se depositaron los dos cuerpos, y allí tambien el paje fué colocado junto al duque, como si se hubiese querido probar que aquel jóven, que habia tomado parte muriendo por su señor, tenia derecho á dividir con él los honores de su sepultura.

Valentina de Milan, siempre esperando en su castillo de Blois la vuelta de su paje, que debia traerle á su esposo. Desgraciada princesa! despues de esperar un mes solo recibió un mensaje de muerte.

En cuanto al señor de Meré, despues de la muerte de su hijo, todos los príncipes á porfía lo querian á su lado, porque, ya os lo he dicho, en esta época un recuerdo de gloria no era perdido; y se colmó de honores y respeto á aquel anciano hidalgo, porque habia dado el ser á un jóven tan noble y tan valiente.

## EL CARACOL.

### Fábula.

Sin familia ni amistad  
En su concha replegado,  
El caracol aislado  
Vive en triste soledad.

El solo llena su casa:  
La lleva tras sí arrastrando,  
Y con su huella vá ajando  
Las flores por donde pasa.

Que su beso ó mordedura  
Es igualmente fatal  
En el jardín al rosal,  
Y en la huerta á la verdura.

Al morir, no hay quien le asista  
En su concha mortuoria,  
Que es del caracol la historia  
La historia del egoista.

MUÑOZ MALDONADO.